

otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dímos de comer á los Moros Tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mesmo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó christianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzáron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí

íbamos le acompañámos en él. Pero quando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto, hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirme, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la mesma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: no te causes, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tan-

tas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, que ella es christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dixo el Moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Que en efeto, replicó el viejo, tú eres christiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo qual respondió Zorayda: la que es christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dexarte, ni á hacerte mal sino á hacerme á mí bien. ¿Y que bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, preguntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que (c) no yo. Apenas hubo oído esto el Moro, quando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así

acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacámos medio ahogado, y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y dolorso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los Moros es llamado *el de la Cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala muger christiana*, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *Cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *Rumia*, *christiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexámos jamas los remos de la mano:

comíamos de lo que el renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felicemente (o) diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas Moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los Moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedáron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo: ¿porque pensais, christianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad, que de mí tiene? No por cierto,

sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la dehonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro christiano de entrámbos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha; adonde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese y acabase: y quando por habérnos hecho á la vela no podímos oir sus palabras, vímos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podímos entender que decia: vuelve,

amada hija, vuelve á tierra, que todo et lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida, si tú le dexas. Todo lo qual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino : plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos christianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos : y así consolando yo á Zorayda, atendimos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le

turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura ó quizá las maldiciones que el Moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimismo hiciéron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del baxel á preguntárnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntárnos esto en lengua francesa dixo nuestro renegado : ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltáron dos pie-

zas de artillería, y á lo que parecia, ámbas venian con cadenas, porque con una cortáron nuestro árbol por medio, y diéron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vímos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábam. Amaynaron entónces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entráron en él hasta doce Franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegáron junto al nuestro, y viendo quan pocos éramos, y como el baxel se hundía, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los Franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojáron de todo quanto

quanto teníamos, y á Zorayda le quitáron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la qual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino (e) pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela de donde habia salido, y así tomáron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo

lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista (x) todas nuestras pesadumbres y pobrezaas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el Capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en

que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les pareció, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anohecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y poco ántes de la media noche seria, quando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra y besámos el suelo, y con lágrimas de muy (c) alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacámos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la

montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinámos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un quarto de legua debíamos de haber andado, quando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion, si alguno se

parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dímos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fuéron el renegado, y Zorayda, y como él los vió en hábito de Moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros hay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabíamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el renegado se desnudase las ropas de Turco y se vistiese un gilecuelco (n), ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mesmo camino, que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la Caballería de la costa:

y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrían pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrímos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron, y viéron en lugar de los Moros que buscaban, tanto pobre christiano, quedáron confusos, y uno dellos nos preguntó, si éramos nosotros acaso la ocasión porque un pastor habia apellidado (1) al arma. Sí, dixé yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quien éramos, uno de los christianos, que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto

el christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo, que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos christianos cautivos, se apeáron de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volviéron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dexado, otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del christiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente

de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros, pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de christianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entónces me engañaba, osará decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo, aloménos que yo la hubiese visto. Fuímos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zorayda, dixo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dixímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la mesma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el christiano que vino con

nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regaláron con tanto amor como á su mesmo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los quales el renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas christianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció: solos quedámos Zorayda y yo, con solo los escudos que la cortesía del Frances le dió á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver, si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya christiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á ser-

viria todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la qual, si es agradable y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habéroslo contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadáros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua (1).

(1) Este caso se repite, como queda insinuado, en la comedia de *Los Baños de Argel*: y Lope de Vega le introduce tambien en sus *Cautivos de Argel*. Cervantes le cuenta como verdadero, y así lo expresa tambien al fin de *Los Baños* por estas palabras:

*Dura en Argel este cuento*

*De amor y dulce memoria, etc.*

*Y aun hoy se hallarán en él*

*La ventana y el jardín.*

Y no fue este suceso singular. El P. Sepulveda el Tuerto, que escribia en el Escorial lo que pasaba en su tiempo, cuenta que el año de 1695 se vino á España una

señora alemana, muger del Bey, ó Sultana de Argel, cautivada desde niña, valiéndose de un religioso Mercenario, que era uno de sus cautivos. Envióle con cartas para Felipe II; y la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, en que comunicaba sus intentos. Entregadas estas, volvióse el religioso á Argel. Pidió ella permiso al Bey para pasar unos días en un jardín ó casa de recreacion, que tenia fuera de la ciudad hácia la marina. Hacianse ahumadas para que se entendiese donde se hallaba, segun se habia concertado. Mandó S. M. al marques de Denia, virey de Valencia entonces, y despues duque de Lerma y valido de Felipe III, que enviase una barca á Argel. *Y la Sultana* (dice el P. Sepulveda) *con lo mejor y mas rico que tenia, y las mejores joyas entró en ella, y metió veinte personas que con ella estaban, y danse luego á la vela. Una mora de aquellas que se embarcaron con ella, como vio que la barca venia para España, empezó á dar voces que las ponía en el cielo: fue forzoso el matarla. Luego á las voces se alteró la tierra: salieron mil baxeles tras la barca; pero traían buen rato de delantera, y así no permitio Dios que la alcanzasen: llegó finalmente la Sultana á Valencia, y fue muy agasajada de la Ciudad y del Virey, que la paseó en su coche por toda ella. Vino á la Corte, fue bien admitida del Rey y demas personas reales, y dexando á su eleccion el pueblo donde quisiese vivir, escogió á Valencia, donde pasaba la vida con una pension que la señaló S. M.* (Biblioteca Real: est. H. cod. 160, tom. II, pag. 14.)